

MARTA ANA DIZ¹

Gestos

como la pena o el amor
con la mano en el pecho

como susto
con la mano en la boca

como vergüenza roja
tapándose la cara

con los ojos de repente empañados
por vapores de eucalipto

invisible y secreto
como llevar el mar dentro del cuerpo

¹ Catedrática de literatura española medieval, retórica, teoría literaria y filología en varias universidades norteamericanas (U. Of Maryland, City University of New York, New York U.). Es autora de numerosos estudios sobre literatura medieval y arte contemporáneo. Su trayectoria poética se inició en inglés, con la publicación de *Long Island Notebook*. Posteriormente siguieron, en castellano, los poemarios *Sin cazador, los ciervos* (2013), *Y así las cosas* (2015), *La almendra hermética* (2016), *Piedras rosadas* (2017) que mereció el Premio Internacional de Poesía Covibar 2017 y *Cuando no sé tu nombre ni tú el mío* que recibió el Premio Carmen Conde de Poesía 2019. Fue elegida miembro de la *American Academy of Literary Studies*; y actualmente, es miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE).

Indocumentado

Querría él algunas veces
imitar al corredor que corre
a trancos cada vez más largos,
las piernas entregadas al envión
y a rodillas confiables.
Pero no puede. No tiene los papeles.

Querría ser
el razonable que razona,
el responsable que responde y después duerme
con conciencia tranquila
sabiendo que se ha ganado el derecho
a no responder,
a irse para siempre por siete u ocho horas.
Pero no puede. No tiene los papeles.

A la cama entrega cada noche
el peso de su cuerpo.
Duerme el sueño injusto que le dio la suerte,
se duerme,
con las piernas cerradas y los ojos abiertos
contra inconclusos humos de papeles.

Una noche lo alcanza un fugaz entendimiento.
Sale a la calle, exige que lo encuentren,
que lo arranquen del sueño americano,
que vengan de una vez, que se lo lleven.

Ecos

¿De qué vuelo
ese aleteo de maderas
que se cierne invisible?
¿De quién el eco,
de dónde los rumores, las redadas?

Recoge la memoria cielos que nunca vio,
alientos agitados, ecos
que vienen de otros mundos y otros tiempos
acaso en un desvío del Tíber,
acaso en una calle estrecha
donde ahora oigo
botas autoritarias y lamentos ahogados
flotando huérfanos
desde aquella noche, la suya,
que el tiempo no logró borrar del aire.

Dama de negro

de Torres García, 1896.

Bordeando la abstracción,
por los ritmos trabajados del negro
entreveo la solapa del traje,
el ala ancha del sombrero.
Toda luz en carbón.

Desbordado del imperio del negro,
asustado, vengativo, indefenso,
se desata del pecho el duro estruendo blanco.

La blancura me borra la memoria,
corta la luz, corta el aliento,
prolonga la mirada. Retrocedo.

Expiación

¿Quién eres tú, instante terco,
antiguo, resentido, empantanado,
para negarte a perdonarme?
¿Acaso no sabes que los que viven
en casas de cristal
no deben tirar piedras?

Gano altura y terreno,
me alejo lo que puedo de la lluvia
pequeña y diligente de tus delirios negros,
pero me sigues siempre,
como sombra que espera el mediodía
para alinearse con el cuerpo.

Seco y reseco, establecido,
con tiza roja vienes a rayarme en los huesos
la colosal y pálida cara de mi culpa.

No te distingo bien

¿De dónde vienes tú,
corriendo a trancos largos por la tierra invisible
o a punto de caerte?

¿A qué montaje
de acuarela o de viento perteneces?

¿De qué vastos fondos de tiempo
te me acercas?

No te distingo bien,
no comprendo el lenguaje de tus piernas
no sé si huyes o vienes a salvarme, aquí
donde las olas no se animan
ni la tarde se exalta cuando llega su hora.

Vieras, si no corrieras tanto,
que estás aquí a mi lado,
me vieras, te miraras.